

Itinerario peripatético y evolución interior en *La Lozana Andaluza*

LOUIS IMPERIALE

University of Missouri-Kansas City

Más sabe quien muncho anda que quien muncho bive, porque quien muncho bive cada día oye cosas nuevas, y quien muncho anda, vee lo que ha de oyr.

F. Delicado, *Retrato de la Lozana Andaluza*

Cuando, en su redacción de *La Lozana Andaluza* (junio-diciembre de 1524), Francisco Delicado escribía acerca de su protagonista: «assimismo, saltando una pared sin licencia de su madre, se le derramó la primera sangre que del natural tenía»¹, el presbítero cordobés no subrayaba las facultades atléticas de la Lozana, sino, más bien, el funcionamiento fisiológico del cuerpo de su heroína. Con característica socarronería la imagen, a la vez atrevida y jocosa, presenta al lector a una niña de ocho o nueve años (quizá menos) que acaba de perder su virginidad². Sin embargo, ese paso de niña a mujer marca el punto de partida de un viaje insólito que se desarrollará sobre un doble registro: a) geográfico, recuento de las aventuras de una hetaira de altos vuelos (testigo de los acontecimientos de su tiempo), la cual, abandonando su Córdoba natal, llegará hasta las insólitas y enigmáticas «islas Lipari» (vía Granada, Sevilla, Marsella, Génova y Roma); b) psicológico, puesto que la Lozana, a medida que sigue creciendo y después de vivir en sus viajes marítimos un sinnúmero de vicisitudes, se define en su identidad femenina, y además, se emancipa definitivamente de la tutela homocéntrica. Poco

¹ Toda referencia textual de *La Lozana* proviene de la edición de Bruno Damiani y Giovanni Allegra, Madrid: Porrúa, 1975.

² Véase sobre tal aspecto a CLAUDE ALLAIGRE, *Sémantique et littérature...*, Chapitre IV-C: «Une enfant prodige, 1. Un saut périlleux», el crítico francés acaba este apartado escribiendo: «*Se le derramó la primera sangre que del natural tenía* compris dans un premier temps, comme manifestation de la puberté chez la jeune fille, signifie donc, à un deuxième niveau, la perte de sa relative innocence, ce qui ne peut manquer d'accroître son savoir qui était déjà grand». *Op. cit.*, p. 94.

a poco, Lozana toma conciencia de su posición social y rechaza por completo su condición de mujer avasallada. No en balde el embajador napolitano confiesa al Caballero: «Me parece que [Lozana] es astuta, que cierto 'ha de la sierpe y de la paloma'» (XXXVI: 273)³. En semejante evolución psíquica estriba la impactante vertiente «posmodernista» *avant la lettre* de la escritura delicadiana.

Cabe decir, además, que *La Lozana Andaluza* será uno de los primeros textos, como signo disruptor, y generador si se quiere, de un personaje femenino que se derivaría de una de las primeras mujeres del «arroyo» capaz de «tomar conciencia» de su condición femenina y de rebelarse abiertamente contra la tiranía paternalista de una intransigente y autoritaria cultura falo-logocéntrica. Creemos que semejante visión contestataria se puede aplicar, sin forzar demasiado las cosas, a la idea del ente novelístico Lozana-Delicado, al disponer la protagonista con entera libertad de su persona, de su cuerpo y de su tiempo, evitando la intromisión y la coacción de un intermediario (o alcahuete), elemento parásito muy en boga durante el Renacimiento romano.

La conjunción narrador-protagonista que aparece en el binomio Delicado-Lozana nos hará apreciar la dimensión interior de una voluntad eminentemente femenina en la que, a lo largo de la evolución y desengaño de la heroína –sin intervenciones ajenas– ésta se percata y adquiere pleno conocimiento de su importante papel en el seno de la sociedad ibero-romana. Cabe señalar, incluso, que semejante modelo renacentista se adecúa perfectamente a ciertos aspectos de las teorías feministas de nuestros días en la medida en que el espacio del discurso corporal, tal como lo entendemos, no se refiere a ganglios ni a oscuras *partes pudendas* sino a la *política* del cuerpo, al redescubrimiento de su sociabilidad gracias a una conciencia de las fuerzas que lo controlan y lo dominan. Mucha razón tiene Bruno Damiani cuando apunta:

La protagonista Lozana ... refleja la actitud renacentista de que el individuo posee dignidad y mérito, por sí mismo, y tiene el derecho de utilizar en pleno sus facultades físicas e intelectuales para gozar de lo que el mundo le ofrece. El concomitante efecto de esta actitud es la formación de un fuerte individualismo y una notable amoralidad social que, aunque existía sin ningún sentimiento de culpabilidad, en el sentido ético de la palabra, creaba, sin embargo el 'milieu' para el inevitable desencanto que sentía el hombre con las cosas del mundo⁴.

Se trata precisamente de un «fuerte individualismo», de una personalidad que, con los años, desarrollará «sus facultades físicas e intelectuales» para disfrutar de esa *dolce vita* romana.

Si nos remontamos a su tierna niñez, constatamos que la joven Aldonza «fue muy querida de sus padres por ser aguda en servillos e contentallos» (1975: 78), porque según las propias palabras de nuestra heroína:

³ En *El Criticón* Baltasar Gracián dice de la paloma que «no hay ave ni más sagaz ni más política... ella es la mejor que sabe vivir... Todos las miran con afecto y la acogen con regalo...», y veía las serpientes como «maestras de toda sagacidad. Ellas nos muestran el camino de la prudencia». *Op. cit.*, p. 908.

⁴ Introducción a su edición de *La Lozana* p. 64.

quando era bivo mi señor padre, yo le guisava guisadicos que le plazían, y no solamente a él, mas a todo el parentado, que, como estávamos en prosperidad teníamos las cosas necesarias (1975: 79)⁵.

La muerte del padre obligó a Lozana a emigrar a

munchas cibdades, villas y lugares d'España... y como pleiteaba su madre, [Lozana] fue en Granada mirada y tenida por solicitadora perfecta e prenosticada futura (I: 78).

En la Córdoba del recuerdo, la niña Aldonza mostraba ya todas las cualidades de una Lozana en ciernes, desbordante de energía e ímpetu vitales; aquella niña tan entusiasta recuerda los más alegres momentos de su infancia:

fui festejada de quantos hijos de cavalleros huvo en Córdoba, que de aquello me holgava yo. Y esto puedo jurar, que desde chiquita me comía lo mío, y en ver un ombre se me desperezava, y me quisiera yr con alguno, sino que no me dava la hedad (VII. 99-100):

El lector menos avisado no puede dejar de percibir una inclinación muy pronunciada de la niña hacia los placeres de la carne; por otra parte, desde muy pronto manifiesta su disposición a alejarse de la casa paterna. En otros términos, Aldonza-Lozana asocia el frenesí y la satisfacción de los placeres de la carne con la idea de buscar «nuevos mundos». En Sevilla Aldonza realizará tal proyecto con Diomedes a los doce años de edad. La casa paterna favorecía las «aspiraciones» y las quimeras más extravagantes de la intrépida semi-doncella puesto que el lugar tenía más de timba y de burdel que de honesto y sereno hogar. Viviendo en tal ambiente, Aldonza había alcanzado su Jauja en la medida en que se observaba una armonía perfecta de las partes: (a) los padres prostituían a la hija, sacando sustanciosas ganancias y, dado que (b) Aldonza adoraba a (c) los hombres y los juegos de «manos», en aquella niña se aunaba lo útil con lo ameno («dulcis et utilis»), llegando a fomentar la fortuna y alegría de sus progenitores.

Ahora bien, en sus inocentes juegos, la muchacha aún no sabía que los padres explotaban su cuerpo y su lozanía (o si lo sabía, poco o nada podía hacer

⁵ La interacción entre sexo y comida no lleva la menor duda en el *Retrato* (cf. JOAQUÍN CRIADO DE VAL, *Diccionario de español equivoco*, en particular el capítulo II: «Antífrasis y contaminaciones de sentido erótico en *La Lozana andaluza* [Siglo XVII]; el *Cancionero de obras de burlas* señala los siguientes versos:

dizen (mis cojones), por señas, que pierden sazones,
si no los bastezco de carne coñina,
que ellos se sienten con tanta cozina,
que pueden henchirse, bien tres artesones (p. 201).

En otro contexto, Góngora se refiere al tema de la «mal casada» utilizando la noción de guisar:

De doncella que entra en casa
porque guisa y porque amasa,
y haze mejor un guisado
con la mujer del honrado
que con clavos y gengibre
Dios me libre.

(*Letrillas*, Jammes edr. París: Hispano-Americanas, 1963, p. 61).

para remediarlo). En otras palabras, se le estaba violando el *dominium* del cuerpo y su libertad personal⁶. Importa señalar, además, que la realidad española de aquella época se percibe a través de la mirada de una adolescente, quien, en tono jocundo y desenfadado, denuncia el abuso de poder de un discurso logocéntrico patriarcal, ante el cual el ente femenino carece de toda independencia.

A la muerte de sus padres, Aldonza se traslada sola a Sevilla a casa de una «tía» alcahueta de oficio. En efecto, la poco escrupulosa tía pretende también sacar provecho de los encantos de la jovencita, al querer crear la misma relación triádica que se observaba en Córdoba, es decir, por un lado, la familia degenerada (padre, madre o tía) que saca partido de las actividades amorosas de Aldonza, por otro, un amante que satisface momentáneamente su libido con el cuerpo-objeto de la niña y, finalmente, la víctima ingenua y complaciente que no pide otra cosa sino satisfacer su exceso de «afección» hacia los «hijos de caballeros». La tía sevillana fracasa lamentablemente, pues esta pálida réplica de la Celestina no alcanzará nunca la astucia maquiavélica del personaje de Fernando de Rojas. A raíz de aquel palmo de narices con que Lozana deja a su tía, cuando se escapa con Diomedes, la vieja medianera pronostica un futuro turbulento en las artes de Venus, «¡Mirá qué pago, que si miro en ello, ella misma me hizo alcagüeta! ¡Va, va, que en tal parará!» (III: 87). A partir de las aventuras del matrimonio Aldonza-Diomedes y de sus desventuras a través de los principales puertos del Mediterráneo, se analizará la toma de conciencia del personaje femenino y el nacimiento de una nueva mujer a raíz de un sinnúmero de abusos físicos y emocionales que incluso la llevaron a contraer el llamado mal napolitano. Sigamos paso a paso a la Lozana en sus aventuras marítimas y observemos el nacimiento de una voluntad femenina.

En Sevilla, el primer y último cliente de Aldonza será Diomedes, mercader «raveñano», quien capta en seguida el potencial financiero que encierran los encantos de nuestra heroína. Mozo y galán, Diomedes reúne todos los atributos que ilustran la estética clásica del Renacimiento («le parecía a ella que la natura no se había reservado nada que en su caro amante no hubiese puesto» [IV: 88]), de tal forma que entre él y Aldonza ocurre el inevitable «coup de foudre»:

Diomedes.— ¡Ay, ay!, ¡Qué herida! Que de vuestra parte qualque vuestro servidor me a dado en el corazón con una saeta dorada de amor.

Lozana.— No se maraville vuestra merçed, que quando me llamó que viniese abaxo, me parece que vi un mochacho, atado un paño por la frente, y me tiró no sé con qué. En la teta yzquierda me tocó (III:86).

⁶ No olvidemos, tampoco, que Lozana no habla como hablaría una mujer, sino como le gustaría a los hombres que hablaran las mujeres. El signo mujer presentaba dos facetas: la prostituta o la madre. Nuestra premisa alcanza la tesis que expone Lucía Guerra-Cunningham cuando declara acertadamente: ...de la totalidad compleja que constituye ser mujer, la imaginación masculina, inicialmente seleccionó y abstrajo la maternidad para hacer de ella la esencia exclusiva de su identidad. El signo madre, entonces, la mutiló y la fijó en una fertilidad que hizo de ella una Mujer-Matriz, un vientre (1986: 6).

Saltándose a la torera los cánones más elementales del amor cortés, los dos jóvenes se demuestran continua y mutuamente su entusiasmo erótico, y Lozana, humilde como de costumbre, no vacila en someterse (con toda sinceridad) a la autoridad de su futuro esposo: «Señor sea, vuestra merced de quien mal lo quiere. Yo me llamo Aldonça a servicio y mandado de vuestra merced» (III: 86). Desde la primera entrevista, la muchacha afirma y confirma su intención de huir de su tía, para vivir con Diomedes. Aldonza-Lozana «utiliza» a Diomedes para «independizarse» de las garras de una tía explotadora: «Yo señor, verné al fin del mundo y... seré siempre vuestra más que mía» (III: 86-7). Lozana reitera su sumisión total y desinteresada al mercader italiano de esta manera:

Mi señor, yo iré de muy buena voluntad donde vos, mi señor, me mandáredes... y por esto os demando de merced que dispongáis de mí a vuestro talento, que yo tengo siempre de obedecer (IV: 91).

La selección de Lozana parece, a primera vista estratégica, dado que Diomedes se define como el viajero por excelencia, el típico mercader que conoce muy bien los puertos más activos y prósperos del Mediterráneo. Oigamos al negociante italiano:

Diomedes.— Mi señora, no querría se os hiziese de mal venir a Levante, porque yo me tengo de disponer a servir y obedecer a mi padre, el qual manda que vaya a Levante y andaré a toda la Berbería ... que me será fuerza de demorar y no tornar tan presto como yo querría, porque solamente en estas cibdades que agora oirés tengo de estar años, y no meses, como será en Alexandría, en Damasco, en Damiata, en Barut, en parte de la Soria, en Chiple, en el Cayre, y en el Chío, en Constantinópoli, en Corinthio, en Tesalia, en Boecia, en Candía, a Venecia y Flandes, y en otras partes que vos, mi señora, veréys, si queréys tenerme compañía (IV: 89-90).

La respuesta de Lozana encierra su irrevocable intención de seguir a su futuro esposo: «¿Y cuándo quiere vuestra merced que partamos? ¡Porque yo no delibro de bolver a casa por el mantillo!» (*Ibid*). Este largo itinerario marítimo es, según Claude Allaire:

[le] parcours initiatique qui mène à la fonction reine de cette littérature dont Célestine reste l'éternel paragon C'est évidemment grâce à cette formation 'maritime' qui n'apparaît pas chez les autres auteurs de la célestinesque que Lozana peut, dès le troisième client romain décider de ne plus se prostituer elle-même⁷.

Ya casada con Diomedes, Lozana no quedará exenta de numerosas cuitas en sus viajes por los puertos del Mediterráneo: a) «sabido por Diomedes a qué sabía su señora, si era concho o veramente asado, comenzó a imponella según que para luengos tiempos durasen juntos...» (IV: 88): en otros términos, una vez que el mercader la sedujo, él «comenzó a imponella»: el verbo «imponer» incluye, en el registro delicadano, una doble acepción: 1) «por encima poner» (Nebrija) y 2)

⁷ CLAUDE ALLAIGRE, «Amours et prostitution dans le *Retrato de la Lozana Andaluza*, op. cit., pp. 291-92.

«asentar tributo» (Covarrubias), o sea: Lozana cae de nuevo en las redes de la alcahuetería. b) En cuanto la pareja llega a Marsella, la joven andaluza debe enfrentarse a la crueldad del padre de Diomedes. Este se queda con los «hijos» de Lozana, hace encarcelar a Diomedes y «ella, madona Lozana, fue despojada en camisa» y «fue dada a un barquero que la echase en la mar» (IV: 91-92). c) El barquero, apiadado de nuestra heroína, la abandona en la costa, y finalmente Lozana consigue embarcarse para Liorna, desde donde va a Roma.

Es, efectivamente, dentro del marco de las susodichas peripecias que la cordobesa irá experimentando la transformación que nos hemos propuesto evidenciar. Ya Lozana no verá en el sexo opuesto nada más que un motivo para medrar y triunfar como ente autónomo y exento de toda obligación hacia los demás. A partir del momento en que la andaluza se ve a las puertas de la muerte, se encara con la cruda y hostil realidad, dándose cuenta de que ha sido explotada y engañada. Ahora que se encuentra sola en el mundo, su postura frente al otro sexo cambia radicalmente. Además, la sífilis que contrajo en Levante estaba empezando a estigmatizar su cuerpo, pues una estrella en la frente y parte de la nariz amputada fue el pesado tributo que la cordobesa pagó en el «Golfo de León» (XXI: 194).

Desde el mamotreto V en adelante, ya no habla Lozana como hablaba Aldonza; ella entiende —como decía Maquiavelo— que el dinero es el nervio de la guerra. La vida es una lucha continua para sobrevivir y no puede permitirse el lujo de la enfermedad o de la pobreza, por lo que considera su propio cuerpo como la fuente más fácil de ingresos: «nunca me mataré por nadie» (XVI: 164), dirá pronto la Lozana, y un caballero completará su pensamiento, hablando acerca de la casa de Lozana: «esta es Cárcel de Amor; aquí idolatró Calisto, aquí no se estima Melibea, aquí poco vale Celestina» (XXXVI: 274). Ha llegado, por consiguiente, el momento de contemplar a la Lozana en su escenario romano, y de precisar, de alguna manera su identidad cultural.

Lozana llega a Roma con una experiencia y un saber poco usuales; en efecto, ya las artes de Venus no tienen ningún secreto para ella. Además, en contacto con árabes y judíos, aprendió los secretos de los afeites, de los cosméticos, del disfraz y cómo aliviar los sufrimientos del «morbo gallico» y hacer que reluzca la belleza del cuerpo femenino, a tal punto que nuestra andaluza declara: «Yo sé muncho; si agora no me ayudo en que sepan todos, mi saber será ninguno» (V: 92). A su vez el narrador evoca brevemente el nuevo *credo* de la cordobesa:

Y como ella tenía gran ver e ingenio diabólico y gran conocer, y en ver un hombre sabía cuánto valía, y qué tenía, y qué le podía dar, y qué le podía ella sacar. Y miraba también cómo hacían aquellas que entonces eran en la cibdad, y notaba lo que le parecía a ella que le había de aprovechar, *para ser siempre libre y no sujeta a ninguno*, como después veremos (V: 93, el subrayado es nuestro).

He ahí la nueva filosofía existencial de Lozana: quiere vivir libre (a expensas de otros) aunque tenga que sufrir de marginación social; someter a los demás a su dominio y voluntad (muchos hombres no saben refrenar sus deseos carnales: «Otros vernán que traerán el seso en la punta del caramillo» XLI: 301), ganar dinero y recompensas sin cansarse demasiado. La atracción que ejerce sobre ella la

vida del parásito, Lozana la expresa ostensiblemente en repetidas ocasiones: a) «Dezime, ¿Quién mejor sabio que quien sabe sacar dinero de bolsa agena sin fatiga?» (XV: 155); b) «Verdad es que todo lo que se haze a hurtadillas sabe mejor» (XX: 188); c) «no hay cosa tan sabrosa como comer de limosna» (XXII: 197); d) «...y si quisiere comer en mi casa será a costa de otrie y sabráme mejor» (XLI: 301)⁸; e) «más quiero yo guerra que no peste. Yo si es peste, por huyr como de lo ganado, y si hay guerra, ganaré con putas y comeré con soldados» (LXIV: 411).

Se acabaron los antiguos días de patética nostalgia y sentimentalismo pueril: en la ciudad eterna, todo se compra y todo se «mercadea». El nuevo dios es el dinero:

¿Qué pensáis que estáis en Granada —observa la cordobesa— do se hace por amor? Señora, aquí a peso de dineros, daca y toma, y como dicen el molino andando gana, que guayras tiene quien no puede» (XXIX: 237)⁹.

Antes de llegar a Roma, Aldonza iba siempre acompañada, controlada y explotada por alguien (padre, madre, abuelo, abuela, tía y esposo); ahora, residien-

⁸ La impudencia de Lozana va más lejos todavía cuando explica, con mucho menos tacto que su padre espiritual, en donde estriba la verdadera felicidad y la «meta física» según la inclinación «natural» de cada uno:

Señor Salomón, sabé que cuatro cosas no valen nada, si no son participadas o comunicadas a menudo: el placer, y el saber, y el dinero, y el coño de la mujer, el cual no debe estar vacuo, según la filosofía natural (LXI: 400).

Como se señaló anteriormente, queda patente que la Lozana no habla como hablan las mujeres, ella es una voz prestada de las travesuras de su autor.

⁹ A raíz de tales comentarios, difícil resulta creer a la compatriota de Séneca cuando ella afirma:

cómo hago yo por no besar las manos a ruines? Que más quiero que me hayan menester ellos a mí que no yo a ellos. Quiero vivir de mi sudor, y no me empaché jamás con casadas ni con virgos, ni quise vender mozas ni llevar mensaje a quien no supiese yo cierto que era puta, ni me soy metida entre hombres casados, para que sus mujeres me hagan desplacer, sino de mi oficio me quiero vivir (XXXI: 244-245);

o cuando, falsamente indignada, proclama:

Lozana.— Señor, no busco a vos, ni os he menester, que tenéis mala lengua vos y todos los d'esa casa, que parece que os preciáis en decir mal de cuantas pasan. Pensá que sois tenidos por maldicientes, que ya no se osa pasar por esta calle por vuestras malsinerías, que a todas queréis pasar por la maldita, reprochando quanto llevan encima, y todos vosotros no sois para servir a una, sino a usanza de putería, el dinero en la una mano, y en la otra el tú m'entiendes, y ojalá fuese así (XXXIV: 257)

La deontología acerca del trabajo laborioso y honesto que Lozana desarrolla, tiene un eco muy cercano en los propósitos de Celestina:

Lozana.— Hermano, como a mi espesas y sábeme bien, y no tengo envidia al Papa, y gánolo, y esténtolo, y quiéromelo gozar y triunfar, y mal año para putas, que ya las he dado de mano, que por la luz de Dios, que si me han menester, que vienen cayendo, que ya no soy la que solía. ¡Mirá qué casa, y en qué lugar, y qué paramentos, y qué lecho tengo! Salvo que ese bellaco me lo gasta cada noche, que no duerme seguro, y yo que nunca estoy queda... (XLIV: 315).

Las palabras de Lozana (lozana) no pueden ser tomadas al pie de la letra cuando refranes corrian ya por el consensus popular sobre el epíteto «lozana»:

«La muxer mucho loçana/ darse quiere a vida vana» (GONZALO CORREAS, *Vocabulario de refranes* 1627, Burdeos: Combet, 1967, 207, b).

Por su lado, Luis Martínez Kleiser en *Refranero general ideológico español* incluye el siguiente refrán:

«Lozanía y loor no hacen un mismo son» (1953: 423).

do en la ciudad papal, Lozana asume el control de la situación y declara a Rampín:

de aquí adelante que sé como se baten las calderas, no quiero de noche que ninguno duerma conmigo sino vos, y de día comer de todo, y d'esta manera engordaré, y vos procurá de arcarme la lana si queréys que texca cintas de cuero. Andá, entrá y empleá vuestra garrocha. Entrá en coso que yo's veo que venís como estudiante que durmió en duro, que contava las estrellas. (XXII: 195).

No hay ambigüedad sobre la nueva actitud de esta mujer, en lo que se refiere a la autonomía y libertad de su cuerpo. Además, su voluntad de dominio queda patente: la proliferación de imperativos subraya tal determinación. Platicando y caminando con Rampín por las calles de Roma, la compatriota de Séneca impone su ritmo de vida: «Pues hacé una cosa, mi hijo, que por do fuéramos, que me digáis cada cosa qué es y cómo se llaman las calles» (XII: 119), y estipula (en tres etapas) su nueva «relación» frente a Rampín (criado-tercero-amante): a. «Quiero que vos seáis mi hijo, y dormiréis conmigo» (XII: 120). Aquella incitación-reprobación del acto sexual, solicitada expresamente por Lozana, se intensifica más en las siguientes palabras: b. «Pues comprá de aquellas hostias un par de julios, y acordá donde yremos a dormir» (*Ibid.*: 120), y culmina a raíz de la escena de la cama en el mamotreto XIV:

c. Pues vení acá, que eso mismo quiero yo, que vos estéis conmigo. Mirá que yo no tengo marido ni péname el amor, y de aquí os digo que os terné vestido y harto como barba de rey. Y no quiero que fatiguéis, sino que os hagáis sordo y bobo, y calléis aunque yo os riña y os trate de mozo, que vos llevaréis lo mejor, y lo que yo ganare sabeldo vos guardar, y veréis si habremos menester a nadie. A mí me quedan aquí cuatro ducados para remediarme; id y compráme vos solimán, y lo haré labrado... (XV: 150).

¿Dónde está la Aldonza de antaño? ¿Dónde quedó el tono de voz melífluo de la niña humilde y sumisa a quien Diomedes conoció en Sevilla? Lozana valora tanto el potencial que genera su cuerpo como el disfrute de la libertad del mismo, mediante la ausencia de presión ajena. Asistimos a la renovación, al renacimiento de una mujer-«maravilla», negociante, segura, robusta y sólida. Es una mujer que vive con coherencia una determinada situación histórica: los años que anuncian el saqueo de 1527. La andaluza deja de darse cuenta de todas las posibilidades de lucro que le ofrece la Roma de los papas. En ella circula y habla libremente («Pues por eso es libre Roma, que cada uno hace lo que se le antoja... y no hay quien os diga mal hacéis ni bien hacéis, y esta libertad encubre muchos males» XXIV: 216); nota la mezcla de pueblos y de lenguas que en esa ciudad existe¹⁰. Tal sancocho demográfico facilita el desenfrenado camaleonismo de nuestra «sin par».

¹⁰ No en balde Delicado emigró a Roma y Venecia y no sorprende a nadie, tampoco, cuando Segundo Serrano Poncela estipula acertadamente que una novela como *La Lozana* no se hubiera podido escribir nunca dentro «del perímetro de la Piel de Toro». Consúltese su penetrante artículo, «Aldonza, la andaluza Lozana en Roma», en *Cuadernos Americanos*, Año XXI. Vol. CXXII, Mayo-Junio 1962, México D.F.

El «dolce farniente» romano y la imagen de una nueva Babilonia vienen a ampliar la visión de la ciudad como espacio escénico. Por otra parte, la escritura delicadiana toma poco a poco el carácter de un interminable y tortuoso «camino» echando una ojeada por todos los rincones, calles y plaza de Roma, entregándonos, además, un retrato urbano que se funde con el de la roma Lozana (y aquí la homonimia no es pura coincidencia).

En aquella atmósfera de alegre ambivalencia carnavalesca (cf. M. Bajtín [1970]) se desenvuelve Lozana, una mujer que no siente ninguna clase de complejo (o escrúpulo de conciencia), y que estando en la *estufa* (los baños públicos de vapor), se muestra totalmente desnuda frente a un Rampín a quien acaba de conocer. Tal situación en pleno Renacimiento, demuestra la intención de la andaluza de poner su cuerpo «en libertad» y distanciarse de un discurso oficial y patriarcal.

Demostrada la evolución del personaje, y su crecimiento «intelectual»¹¹ a lo largo de sus peripecias mediterráneas, al propio tiempo se ha podido ver el desarrollo social experimentado por la cordobesa. Aunque haya vivido en su España natal, bajo la explotación abusiva de su parentela, Lozana, en Roma, toma conciencia, en cambio, del potencial acumulado como mujer independiente, «propietaria» y detentadora de un cuerpo que la lleva a ejercer una determinada función en la sociedad (no muy prestigiosa, verdad es, pero que le permite actuar a su antojo a todos los niveles sociales).

La postura de Delicado, es muy probable que en nuestra sociedad de liberalismo ideológico pueda resultar aparentemente «démodée» y anacrónica. No obstante, en los días del presbítero cordobés (primeros años del XVI) elegir literariamente a una prostituta, hacerla triunfar, pese a todo, y dejarla que se condene o se salve por su iniciativa personal, era un acto subversivo e innovador que suscita todavía nuestra admiración.

¹¹ No olvidemos que, en Roma, muchas cortesanas sabían leer y escribir, poseían, además, un nivel de cultura por encima de lo normal. En cuanto a Lozana, es cierto que no sabía ni leer ni escribir, sin embargo sus horizontes intelectuales se habían ampliado considerablemente. Por cierto conocía ya las obras literarias que se difundían oralmente en su tiempo. Ella misma se lo indica a Silvano, amigo del autor: «...porque quiero que me leáys, vos que tenéys gracia, las *Coplas de Fajardo* y la *Comedia Tinalaria* y a Çelestina, que huelgo de oyr leer estas cosas muncho» (XLVII: 329). Por otra parte, para tener una mejor visión del mundo pre-picaresco romano véanse dos estudios sobre aquel ambiente «Discurso autorial y antilenguaje en *La Lozana Andaluza*» (1993); y «Una realidad disfrazada en *La Lozana Andaluza*» (1992).

BIBLIOGRAFÍA

- ALLAIGRE, CLAUDE, *Sémantique et littérature. Le «Retrato de la Lozana Andaluza» de F. Delicado*. Grenoble: Ministère des Universités, 1980.
- «Amours et prostitution dans le *Retrato de la Lozana Andaluza*», en *Amours légitimes et amours illégitimes en Espagne (XVIe-XVIIe siècles)*. Travaux du centre de Recherche sur l'Espagne des XVIe et XVIIe siècles, Publication de La Sorbonne (1985), 285-299.
- ALZIEU, PIERRE; JAMMES, ROBERT; LISSORGUES, YVAN, *Floresta de poesías eróticas del Siglo de Oro, con su vocabulario el cabo por el orden del a.b.c.*, Tolosa: France-Ibérie Recherche, 1975.
- CORREAS, GONZALO, *Vocabulario de refranes 1627*, Burdeos: Combet, 1967.
- BAKHTIN, MIKHAIL M., *Rabelais et son oeuvre. La culture populaire au Moyen-Age et à la Renaissance*. Paris: Gallimard, 1970.
- CRiado DE VAL, MANUEL, *Diccionario de español equivoco*, Cap. II. «Antífrasis y contaminaciones de sentido erótico» en *La Lozana andaluza* (Siglo XVI). Madrid: S.G.E.L., 1981.
- DELICADO, FRANCISCO, *El retrato de la Lozana andaluza*, edición de B. Damiani y G. Allegra. Madrid: Porrúa 1975.
- *El retrato de la Lozana andaluza*, edición de Giovanni Allegra, Madrid: Taurus, 1983.
- *El retrato de la Lozana Andaluza*, edición de Claude Allaigre, Madrid: Cátedra, 1985.
- GUERRA-CUNNINGHAM, LUCÍA, «El personaje literario femenino y otras mutilaciones», *Hispanérica*, 43, (Abril de 1986), pp. 3-19.
- IMPERIALE, LOUIS, *El contexto dramático de «La Lozana Andaluza»*. Potomac, Maryland: Scripta Humanistica, 1991.
- «Una realidad disfrazada en *La Lozana Andaluza*», *Revista de Filología Española*. Tomo LXXII, 1992, pp. 159-166.
- «Discurso autorial y antilenguaje en *La Lozana Andaluza*», *Crítica Hispánica*, vol. 15, Nº. 2 (1993).
- MARTÍNEZ KLEISER, LUIS, *Refranero General ideológico español*, Madrid: 1953.
- SÁNCHEZ, LUIS, Cancionero de obras de burlas provocantes a risa, cum privilegio en Madrid, por..., s.d. (compilación de 1519).
- SERRANO PONCELA, SEGUNDO, «Aldonza la Andaluza Lozana en Roma», en *Cuadernos Americanos* Año XXI. Vol. CXXII. Mayo-Junio 1962, México D.F.